

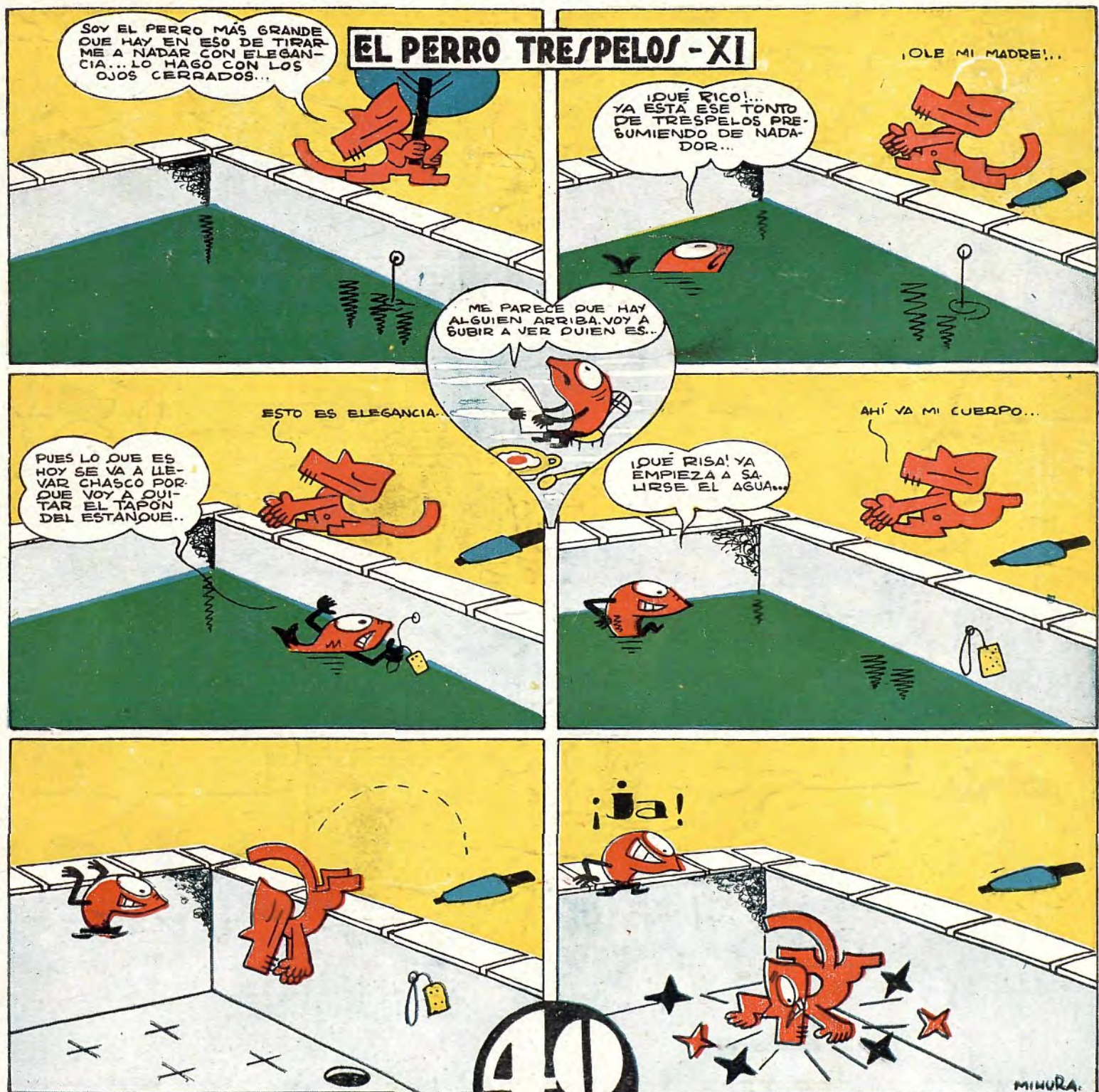
el perro, el ratón y el gato...



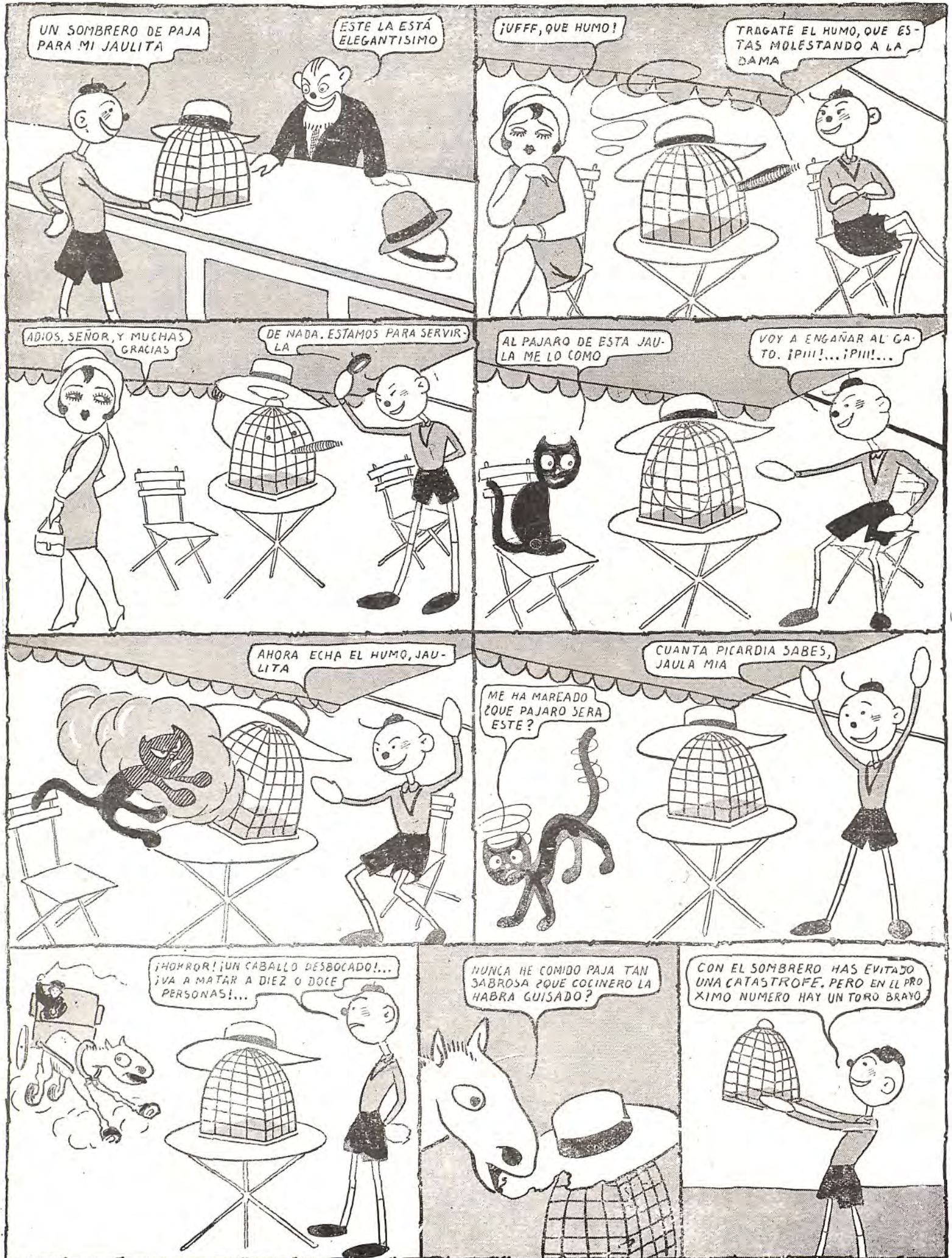
semanario
de las niñas,

11

los chicos los bi-
chos y las muñecas



El Niño Carlotto Perra Va a dar la vuelta a la Tierra





EL LIBRO DE LOS EXEMPLOS

El ingenio de los antiguos solía pasar de generación en generación, gracias a los juglares, que contaban los más graciosos cuentecillos que a sus oídos iban llegando.

Solían ser cuentos ejemplares, cuentos con moraleja, como la fábula.

Después, hace unos cuantos siglos, se empezaron a coleccionar en libros, cambiándose en traducciones el ingenio árabe y el ingenio de tradición peninsular.

El libro de los Exemplos fué una de estas recopilaciones, de la cual se han sacado muchas fábulas. Publicamos algunos de sus cuentos breves.

LA MAZA DE JUAN GAVAZA

Un hombre que se llamaba Juan Gavaza y era muy rico tenía dos hijas, que casó con dos caballeros nobles de la ciudad de donde era natural.

Amaba tanto Juan Gavaza a sus yernos, que poco a poco les dió cuanto poseía. Mientras duró el dinero y el dar, los yernos fueron con él muy corteses y

de vista. Y en cierta ocasión, un burgales que estuvo

—Aun siguió de soldado en Roma. Yo le perdí

—¿Y después?

haber dejado de asistir a la famosa pelea.

el confesaba estar satisfecho de su defecto mejor que

bargo, estábamos tan contentos de la victoria, que

—No; pero se le quedó sin movimiento. Sin em-

viejo que hablaba conmigo por la ventana.

—Pero ¿le perdió por completo?—pregunté al

sin duda.

si; el izquierdo. Por eso ha podido escribir luego,

—Allí perdió un brazo; creo que el izquierdo. Si,

ron sus naves; fué su desastre.

de 1571. El musulmán quedó deshecho; naufragó-

mos y vencimos como fieras el día 8 de octubre

junto para la lucha. En el golfo de Lepanto pelea-

se unen el ingenio y la fuerza, hacen el mejor con-

jaba el estudio para ir a la guerra; porque cuando

nadie, diciendo que el mejor soldado era el que de-

—Ya lo creo. Iba a la pelea más animoso que

—¿Fué valiente?

do de D. Juan de Austria.

los españoles, iban a luchar contra el turco, al man-

lo metió en la cama, siempre jadeante y acariciándolo, y le arregló las almohadas y la colcha.

—Gracias, padre—repetía el hijo—, gracias; pero ahora vete tú a la cama; ya estoy contento; vete a la cama, papá.

Pero su padre quería verlo dormido, y sentado a la cabecera de su cama, le tomó la mano y dijo:

—¡Duerme, duerme, hijo mío!

Y Julio, rendido, se durmió por fin, y durmió muchas horas, gozando por primera vez, después de muchos meses, de un sueño tranquilo, alegrado por rientes ensueños; y cuando abrió los ojos, después de un buen rato de alumbrar ya el sol, sintió primero y vió después cerca de su pecho, apoyado sobre la orilla de la cama, la blanca cabeza de su padre, que había pasado así la noche y dormía aún, con la frente reclinada al lado de su corazón.

C CERVANTES

(VIAJANDO POR LOS SIGLOS)

Espoleo en broma, con las manos que hacen de pies, mi caballo de escoba, y le digo:

—¡Anda, caballito; *arrea* para donde quieras!

Subimos por el cielo, atravesamos toda una noche tocando estrellas que casi me hacen parpadear por su brillo, y descendemos cuando aún no apunta el alba.

Es verano, y apenas anda todavía la gente por la ciudad. Pero desde la calle se ve a un hombre que lee, en un piso bajo, a la luz de un candil, y con la ventana abierta.

Entablaremos conversación con él, ya que tiene cara de viejo simpático.

—Buenos días, señor. ¿Hace el favor de decirme qué ciudad es ésta, y qué mes y qué año corren?

varios. Luego nada he sabido de Cervantes, hasta que ha llegado a mis manos esta novela, que la leo como si estuviera oyéndole hablar; la misma ironía burlona y tinte tiene.

—¿Es buen libro?

—A mí me gusta muchísimo. Ahora que ya sabes que un libro no se sabe si es bueno hasta que no han pasado cincuenta o cien años después de la muerte de su autor.

Me despedí del viejo soldado en vista de que el día se nos echaba encima, y me volví a mi tiempo sin decirle al hombre aquel lo que hoy significa su amigo Cervantes en el mundo entero.

¡Qué suerte, haber sido amigo del *Príncipe de los Ingenios*!

prisionero en Argel, me trajo nuevas noticias de Miguel.

—¿Qué noticias fueron?

—Malas... y buenas. Viniedo de Nápoles a Es-

paña en 1575, fué cogido prisionero por los piratas

moros, y llevado, también, a Argel. Estuvo en el

cautiverio cinco años y medio, primero con un amo

llamado "el Cojo" (porque lo era) y luego con un

principal, llamado Asán Agá. Y me contaron que

allí, según él, "aprendió a tener paciencia". Unas

veces estuvo cerrado en las cárceles argelinas; otras,

obligado al trabajo. Quiso huir, y ya lo tenía bien

tramado con otros; pero les acusó un cristiano que

renegó llamado "el Dorado", que quería congraciarse

se con el amo. De la audacia y del ingenio de mi

amigo Miguel da prueba el que Asán Agá, refirién-

dose a él, llegara un día a decir, en tono un poco

de broma: "Estando bien vigilado ese español es-

tropcado (se refería a lo del brazo), los demás están

bien seguros"...

—¿Le rescataron?—pregunté.

—Sí, sí; claro que sí. Creó que unos frailes, con

dineros y diplomacias. Le rescataron a él y a otros

Me mira la cara, se sonríe, me da la mano afectuosamente, pero cogiéndome la mano que hace de

cabeza, y me dice:

—Estás en Burgos, en agosto de 1616.

—Muchas gracias—respondo—. ¿Anda usted

estudiando?

—¡Ca! Ando leyendo un libro magnífico, tan en-

tretenido y gracioso, que me paso las noches en cla-

ro empapándome en sus páginas.

—¿Y cómo se llama?

—Es la historia de un tal *Don Quixote*, escrita por

un soldado compañero mío, que llamábamos Miguel

de Cervantes, y de cuya muerte he tenido ayer no-

ticia, aunque dicen que falleció el día 23 de abril de

este año. ¡Muchos años hace que no sabía de él ni

le veía! Y pidiendo libros a un amigo que me los

presta, me dió éste, que tiene escrito con tinta la fecha

del fallecimiento.

—¿Y fué compañero de usted?

—Sí, señor. Era un muchachote fuerte, culto, como

de unos veinte a veinticinco años. Montó en las ga-

leras del Papa, conmigo, cuando, unidas a las de

Este ejemplar pertenece a

El Ratón Bombón

XI. Mis enemigos de la juguetería.

Dos noches pasé entre los juguetes de la tienda, jugando a mis anchas. Soy joven, alegre; huelo a chocolate, llevo un lazo en el rabo, soy feliz... Así es que pasé una noche más contento que nadie, dueño de mil juguetes. Me hartaba de jugar casi.

¡Cuántos niños me hubieran envidiado!... Además, viendo aquellos triciclos, escopetas para el tiro al blanco, muñecas grandes, cocinitas y mecanos, yo pensaba: «¡Qué bien jugarían los chicos y las niñas con todo esto que yo apenas sé manejar!...»

Pero con mis manitas formaba los soldados y montaba sobre los jacos de cartón, arreándole con el rabo como con una fusta... ¡Y cómo sonaba!...

Una vez abrí una caja que tenía una muñequita rubia, muy parecida a la que salió en la última página del número 5, y era tan guapa, que la dije que si quería casarse conmigo.

Me contestó lo mismo que en cierta ocasión una paloma: que yo era muy aventurero, y que no quería casarse con un marido que la tuviera inquieta toda la noche y todo el día, sin saber en qué peligros andaba. También me dijo que aún tardaría en casarse, porque antes había de ser hija de alguna niña que la comprara, porque tenía muchas ganas de jugar a las mamás.

Decidí seguir soltero, y me puse a jugar con unos bolos que, en vez de ser boliches grandes de madera, eran soldados de cartón, de una cuarta de altos. Les tiré las bolas, me tomaron en serio, y en vez de jugar conmigo, me atacaron, incomodados...

Al pronto huí; pero como la muñeca rubia tenía una rendija de su caja abierta para verme jugar, me dió vergüenza huir, me volví, le arranqué la nariz al capitán y me la comí, porque a los ratones el cartón nos gusta tanto como a ti las patatas fritas.

Vinieron los demás soldados enemigos, y me dieron de cenar en la pelea, porque mordisco que les daba, bocado que me tragaba; pero entre todos me cogieron, abrieron una caja de cartón y me metieron dentro.

¿Qué había allí que se movió al sentirme? Pues nada menos que un guardia de trapo, con bigotes y con brazos muy rígidos, que en seguida me mordió el rabo.

Si el señor guardia daba en mordirme, me iba a hacer pasar una temporada de prisión muy dolorosa. Ya sabían los soldaditos dichosos dónde me habían metido, ya. Pues bien: para evitarme los mordiscos, lo que hice fué cogerle el cuello con el rabo y hacer un nudo. De ese modo no me llegaba con sus dientes.

Así estuvimos cuatro o cinco días, que a mí me parecieron años. Lo lamentaba mucho, porque yo quería montar en un aeroplano de juguete que había visto. Y lo lamentaba tan bien porque me barría, porque no podía comer más que zapatos de guardia... y porque no sabía cómo iba a acabar la aventura.

De pronto oí hablar cerca de mí, y sentí que cogían la caja. Me preparé. Me llevaron al mostrador, abrieron..., ¡y allí salió el ratón Bombón con un guardia de trapo atado al rabo, tirando todos los juguetes del mostrador y las vitrinas: caballos, tíovivos, muñecas, niñas de verdad, patinetas, teatrillos y dependientes de carne!...

Jamás se ha visto un estropicio semejante, ¡jamás!... Todos rodando por el suelo, entre cristales rotos que, afortunadamente, no pincharon a nadie.

Salí a la calle a galope tendido; quisieron pisarnos a mí o al guardia; pero me metí por el canalón, en busca de las golondrinas del tejado... ¡Son tan buenas!...

Tienen fama de que quitaban las espinas a los mártires. ¿No me habían de desatar el rabo a mí?... Una lo hizo con su piquito. ¡Bendita sea!

Luego tiré al guardia a un carro de verdura para que no se matara..., y respiré a gusto.



Caballeros:
Al entrar
en el otoño,
nuestro
semanario
gozará de
estupendas
reformas.



En el otoño
seguirá
publicándose
Villacaballos;
pero se
publicará,
además,
Villaburrillos
de Trapo.

La guerra de las veintiuna, que una se comió la luna

Cuento, por Antoniorrobles :-: Dibujos de Climent

En la inmensa Isla de Coliflores, vivida por negros salvajes, la tierra era excelente, y las flores se ponían de muchos colorines, las coliflores se hinchaban sabrosas, el maíz tapaba a las personas y las espigas del trigo eran altas como plumeros que limpiaran la cabeza.

Los negros *coliflorenses* habían deserrado de allí leones, tigres, hienas y águilas, y habían dejado animales inofensivos, como jirafas y faisanes, porque como la tierra daba tanto de comer, había para ellos.

Y hasta tenían jirafas que bajaban la cabeza para comer maíz de la mano de los negros. Y faisanes que se arrancaban con el pico sus más bellas plumas para regalárselas como adorno a las personas y agradecer así lo que les daban de comer.

Los blancos de la gran Isla de Bombillas, que eran gente muy civilizada, con muchas fábricas de chocolates, automóviles, aeroplanos, gramófonos, estilográficas, caballos de cartón, mecanos, muñecas de celuloide y todo eso, sintieron el deseo de conquistar la rica Isla de Coliflores.

La Isla de Bombillas se llamaba así porque con tanta fábrica por la ciudad o el campo, toda estaba llena de bombillas, y parecía que había el doble, porque todas se reflejaban culebreando en el mar.

El general Muela del Juicio, que era joven aún, mandaba el regimiento de aviones, montó en su aparato, llamado *Soplo*, y dió unas vueltas sobre los salvajes, los cuales no habían visto nunca un aeroplano, y se cayeron todos sentados del susto... y se levantaban rascándose el golpe.

Al día siguiente, el *Soplo* volvió seguido de veinte aparatos más, y comenzaron a bombardear la Isla de Coliflores; cosa verdaderamente brutal, según opinamos nosotros.

Los negros creían que aquello era como pájaros que ponían desde el aire huevos tan terribles.

Entonces el Ministro de las Mo-

das, que era el ministro más inteligente de los negros, se quitó la corona de plumas por si le apretaba la frente y no le dejaba pensar bien, y empezó a darse con los nudillos en la frente, para que se despertaran las ideas.

Esta vez no pensaba en si las plumas se habían de llevar este año rizadas, o si los elegantes habían de

hacerse tatuajes de serpientes en la espalda. Esta vez pensaba en cómo conseguirían saber lo que eran aquellos pájaros mecánicos que tiraban huevos destructores y hasta mortíferos.

Y pensó, pensó, pensó, y dió, al fin, con el procedimiento.

Cogió la jirafa más alta de la isla, que era noble como grande; la ató las cuatro patas a cuatro anillas del suelo, e hizo alrededor de cada pata un alcorque, como el hoyo que se hace alrededor de los árboles para el riego. Y lo regó con su regadera.

Pronto se notó que las cuatro patas crecían por igual de un modo imponente. Y cuando le salían hojitas y ramas en las patitas, como si fueran árboles, venía un jardinero con una escalera y una podadera, y las podaba.

Las patas crecían; pero hacía feo que no creciera el pescuezo, porque resultaba desproporcionado. Y entonces el Ministro de las Modas tuvo otra idea: ponerle la comida en el suelo mismo, de manera que tanto como crecieran las patas, tenía ella que hacer que creciese el cuello para llegar al suelo. Así es que crecía doble.

Entonces apareció el *Soplo* y sus aviones A, B, C, D..., hasta veinte. Y cuando estaban volando sobre la isla, se alarga la gran jirafa, se yergue bien, y resultó que su cabeza quedó por encima de los veintiún aeroplanos, y en medio de ellos su cuello.

Los aviadores se llevaron un gran susto; las alas se inclinaron a derecha e izquierda, por el miedo..., y regresaron a la Isla de Bombillas, para aterrizar y meditar luego sobre el asunto.

Entonces el negro de las Modas ordenó que las veinte jirafas más altas se pusieran a crecer, como la otra, y arreglaron una gran plantación de jirafas en una huerta bien regada.

Al cabo de una semana, las vein-



tiuna jirafas crecidas esperaban tum-
badas la hora de la pelea.

El rey de los negros, llamado Tinta III, con una jofaina vuelta sobre la cabeza para evitar las bombas, esperaba el momento de que aparecieran Muela del Juicio y sus huestes.

Entretanto, en la Isla de Bombillas decidían volver a dar otro ataque aéreo, porque nuevamente se tenían noticias de que la tierra de la isla negra era tan buena, que con una sola coliflor comían treinta personas de boda, y las sandías y los melones eran grandes como baúles, y a los melocotones les venían bien los sombreros de Tinta III, sin meter papeles en la badana.

Las guerras son siempre por conquistar países ricos. Siempre son por eso, aunque parezcan odios de príncipes o de reyes. Las guerras son siempre odiosas, como los ambiciosos.

Entraron los aeroplanos sobre la isla, y el rey moreno, que llevaba un junquito en la mano, lo sacudió en el aire y exclamó:

—¡Arriba las jirafas, a ver si me traen en la boca tres o cuatro pájaros del ruido!...

Se levantaron los fieles animalitos; se pusieron en puntillas además, y Tinta III dió el grito de guerra:

—¡¡A ellos!!

Y las veintiuna jirafas se pusieron a correr detrás de los aparatos por que llegaban a su altura, y los aviadores perdieron la formación y la serenidad; se desorientaron, y cuatro pudieron elevarse, seis salieron hacia el mar, consiguiendo que las seis jirafas perseguidoras se metieran de patitas sin darse cuenta, aunque salieron en seguida, y los otros once fueron prendidos por la cola con las bocas de sus altas enemigas.

Uno de los aviones alcanzados fué el del joven general Muela del Juicio, que noblemente no quiso escapar hasta ver si podían escaparse los otros veinte.

Como los negros de Coliflores tenían buenos manjares que les daba la tierra para comer, no eran antropófagos; ni siquiera pensaron en comerse unas manitas de blanco rebosadas. Así es que les ataron a unos árboles, y con cadenas largas, para que pudieran trepar y comer cada uno la fruta de su árbol.

Muela del Juicio habló con el Mi-

nistro de las Modas, porque éste vino a preguntarle que dónde se había comprado la corbata que llevaba, y el blanco aprovechó la ocasión para decirle:

—Señor Ministro: debe usted decir a Tinta III que haga las paces con la Isla de Bombillas. Con la paz ganaremos todos, porque ustedes pueden tener motocicletas, gramófonos, paraguas y muñecas de trapo, y a mi isla podemos llevar embarcaciones con coliflores, sandías, espárragos y manzanas.

—Bueno; se lo diré.

Tinta III dijo que sí, porque tenía muchas ganas de tener una bicicleta y porque convenía a los negros un poco de civilización.

Entonces el general prisionero escribió una carta a su Gobierno de

Bombillas, y cuando venían cincuenta aviones con intención de pelear, se levantó la jirafa más alta con una bandera blanca en la cabeza y el papel en la boca.

Un aviador se arriesgó y cogió la carta que ella le ofrecía; la abrió, y todos se volvieron.

Y como consecuencia de aquel pliego escrito, hubo paz entre las dos islas, y ni ganaron unos ni otros, sino que todos se favorecieron, que es como debe ser, ¿verdad?

Y hubo fiestas en Bombillas y en Coliflores, y en esta isla de los negros hubo corrida de toros; mas el toro era la jirafa grande, y toreaban los aviadores con capotes rojos bordados con oro. Pero toreaban desde los aeroplanos, que era formidable.

Después... ¿sabéis qué pasó? La dicha no es nunca completa. Resultaba que había una jirafa golosa, que la llamaban *Bombonera*, y por la noche, cuando no tenía caramelos, iba y, sin que nadie la viera, cogía estrellitas... y las chupaba, las chupaba como si fueran anises.

Y otra jirafa, a la que llamaban *Antena*, que se pirriaba por los quesos de bola, fué una noche y ¿qué diréis que hizo? Se comió media Luna, y la gente creía que estaban en cuarto menguante, hasta que descubrieron lo que había pasado.

Tinta III habló con el rey de Bombillas por telefonía sin hilos, y le contó el caso.

Y, entonces, del país civilizado enviaron la solución.

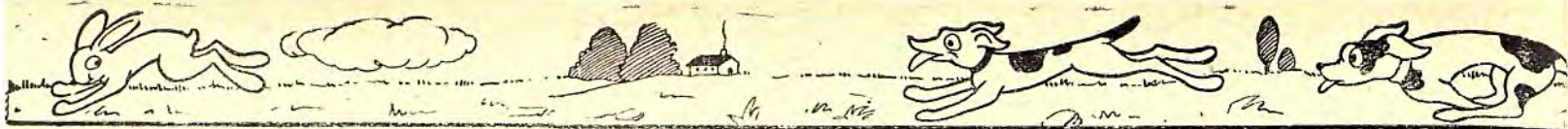
Y la solución fué un barco lleno de papel de lija y un avión con una caña de pescar, que en vez de anzuelo llevaba un pedazo de carne de membrillo.

Los negros hicieron con el papel de lija como una carretera, y el aeroplano enseñó la golosina a las veintiuna jirafas crecidas y las hizo salir corriendo detrás.

Siguió por el aire la ruta que le marcaba el camino de la lija, y las golosas corrieron sobre el áspero papel; y cuando llegaron al extremo de la carretera, claro, se habían desgastado sus patas enormemente, y además sin dolor y sin molestias.

Y ya no volvió a faltar nada del cielo, y todos fueron felices, que eso es lo que hacía falta.





El pre- gone- ro

Carloto
y el toro bravo.
Una comisión
que va a
Villacaballos.



RESPETABLE público:

De orden del Excmo. Sr. Alcalde de Villacaballos de Cartón, todo "ciudadano" de menos de quince años está obligado a leer el próximo número de EL P. R. G., que contiene algunas cosas de gran maravilla. (Entiéndase que EL P. R. G. quiere decir EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO.)

Sigue Trespelos con sus gracias en la historieta del corazón ese que sale en medio de la portada, y Carloto Perra tendrá esta vez una aventura con un toro que tira una cornada a la jaula amadísima.

El Ratón Bombón nos sale aviador, y por poco es cazado por las escopetas y pistolas de la tienda de juguetes. También se burla de un gato el amigo Don Bombón.

Os contaremos un cuento preciosísimo que se titula: "Un árbol muy generoso, que haciendo el bien es dichoso", del que es autor José López Rubio y que tiene unos dibujos que son unos niños jugando a los bolos.

Veremos el "Eco de Villacaballos", con un artículo que habla de Don Grillo, un cuento romántico, unas caricaturas del domador y del cura que dirige el colegio de los niños, noticias imponentes y aleyas de los colegiales de Villacaballos, que así se ejercitan en dibujar.

Don Dedos tiene sus aventuras. Y no os diremos sino que uno de los dibujos que ilustran su sección es un monigote hecho con papel de periódico.

El príncipe PP pasará un susto espantoso y una noche estará subido en un árbol, rodeado de cien terribles ladridos amenazadores. Y el profesor Sí trae unos dibujos que son un acueducto y un cangrejo ermitaño, y habla de cierto pueblo chino, nómada, que vive cada día en un sitio detrás de sus míseros ganados.

Chin y Bely, tan cariñosos como siempre, enseñarán a montar en bicicleta a cierto animal condenado a muerte por el hombre; y con eso le salvan de morir.

Viene también una preciosa plana dedicada a unas brujitas que andan por ahí, con lapiceros y pinceles, y eso os gustará mucho.

Pero lo grande, lo inmenso, lo formidable del próximo número, es que como pronto serán las fiestas y ferias en Villacaballos—que por eso van hoy ya los toreros—, en el pliego de la semana que viene traeremos la gran comisión de EL P. R. G., que van al pueblo, y que la forman: Trespelos, Bombón, Adivino, Botón del Aire, Carloto, Bely, Chin, El príncipe PP, el Mago Botijo, Guinda, Don Dedos, algunos más y yo.

El Pregonero.

Chistes
de Pepín.

—Buenas tardes; vengo a solicitar esa plaza de mozo de almacén que anuncia usted en los periódicos.

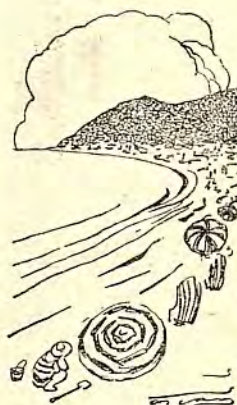
—Bueno; pero yo he pedido un muchacho fuerte. ¿Usted lo es?

—Acabo de echar a patadas a doce señores que estaban en la sala de espera conmigo, esperándole a usted.

El gran viaje- ro.



A San Sebastián
se le llama con
razón "la perla
del Cantábrico".



UNA vez me dijo Trespelos:

—Tú irás este verano a San Sebastián.

Y yo le dije que no; que iría donde me mandase el director. Pero llegó el verano, apretó el calor, y un día dejé en la mesa de la dirección un papelito que decía: Buenas tardes; vengo a decirle que me voy a San Sebastián.

Y tomé mi aeroplano y me fuí al Cantábrico, y desde allí busqué por la orilla del mar... y encontré una perla.

Pero era una perla grande, grande, grande como una capital. Era San Sebastián, que es llamada con razón la perla del Cantábrico.

Sorprende esta bella ciudad española, porque acaso sea la más cuidada, la más limpia, la más linda.

Su Ayuntamiento se preocupa de que sea así con multas y castigos, y sorprende su limpieza, ciertamente.

Me puse a charlar con un niño, creyendo que era guipuzcoano—pues San Sebastián es la capital de Guipúzcoa—y resultó ser madrileño, pero estar satisfecho del veraneo en esta ciudad, como de la corte donde vió la luz.

—Estimo esta provincia—me dijo—como si fuera mía.

—¿Y qué te gusta más en ella?

—La Concha. Se llama la Concha a la playa de San Sebastián, que es bellísima, suave y limpia, y se none de hañistas que es un encanto. ¡La de chicos que nos reunimos!... Además, como es de poco patriotismo el veranear fuera de España, y esto se puede comparar con cualquier playa del mundo.

—¿Qué otras cosas te gustan?

—El Gran Casino, que es soberbio; el Gran Kursaal, la Caseta Real de la playa, para cuando vienen los reves; el monte Igeldo, con tan hermosas vistas...

—¿Y de monumentos?

—No los tiene muy importantes, es verdad; pero tiene varios, como el Palacio de Justicia, el de la Diputación, Iglesia de Santa María y del Buen Pastor, etc., y el paseo y puente de María Cristina, que son estupendos.

—Más preguntas. Industrias.

—Armería de Eibar; alpargatería, sidras... La tierra, desigual y bonita en todo Guipúzcoa, da manzanas, maíz y castañas. ¡Cómo os pondríaís aquí de manzanas! Pero la industria principal de San Sebastián es la hotelera. El turismo, el veraneo...

—¿Artistas?

—La gran afición es la de la música. Sin embargo, de por aquí es Pío Baroja, el gran novelista famosísimo, y de por aquí Paulino Uzcudun.

—Forma y pueblos de la provincia, ¿quieres decírmelo?

—¿Forma? Lamento tener que decir que la forma es la de una bacalada seca. Pueblos de la provincia son Tolosa, Azpeitia, Vergara, Irún, Plascencia, Gue-taria, Fuenterrabía, Zarauz, Eibar...

—Gracias, joven vasco-madrileño.

Botón del Aire

Ayuntamiento de Madrid

La persona, el animal y el mueble

Concurso para los dibujos que se publiquen desde el 26 de julio hasta el 13 de septiembre. Premios: un paquete de libros al mejor, y un balón al más gracioso.—Bases que habéis de leer con mucha atención antes del envío, si no queréis que el dibujo se caiga en el maldito cesto:

1.ª—Cada uno de los dibujos vendrá acompañado del CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta NEGRA.—4.ª Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrupedo, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: "EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid."



170.—Matilde Cabo. Madrid.



171.—María González Montal. Madrid.



172.—Teresita M. Simancas. Madrid.



173.—Pilar Vera. Elda (Alicante).



174.—Victor Uriarte. Madrid.



175.—Angel Descalzo. Valladolid.



176.—Luis Coll. Madrid.



177.—Alejandro Ghiglione. Madrid.



178.—Manuel García. Sevilla.



179.—Enrique Ramírez. Barcelona.



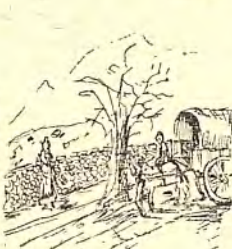
180.—Esperancita Huerta. Cáceres.



181.—María Esther Ramírez. Barcelona.



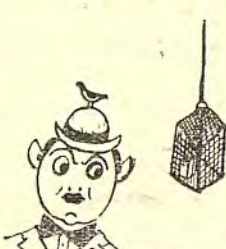
182.—Pilar Bajo Vargas. Gijón (Asturias).



183.—Fernando Ramírez. Barcelona.



184.—Felipe Soto Nieto. La Guía (Por Cartagena).



185.—Pilar Bajo Vargas. Gijón (Asturias).



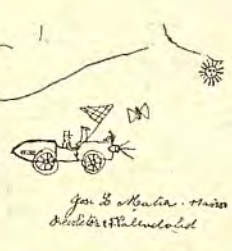
186.—Miguel Hernández. Hervás (Cáceres).



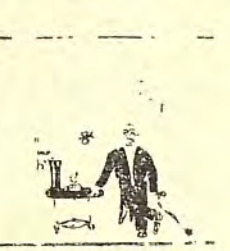
187.—Carmen Álvarez. Madrid.



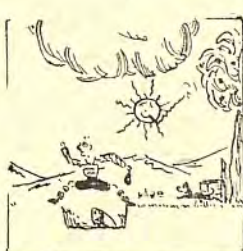
188.—Alberto G. Salas. Hervás (Cáceres).



189.—José L. Matía. Valladolid.



190.—Pepe López Anglada. Valladolid.



191.—Amalia Martín Gamero. Madrid.



192.—Concepción Díaz García. Madrid.



193.—Francisco Hernández. Hervás (Cáceres).

COMENTARIOS QUE HACE EL GATO ADIVINO MIRANDO LOS DIBUJOS INFANTILES

170. Está tan graciosamente dibujado ese chico de Matilde, que le perdono lo que está haciendo.—171. He ahí un bello dibujo decorativo de María.—172. Me gusta la cabeza del asno, las piernas del hombre y los pajaritos volando al revés.—173. ¡Oh, qué linda boca, qué lindas pestañas y qué perro tan chulo!—174. Bien copiados los dos muñecos creados por "K-Hito".—175. ¿Es una escoba? Sí, sí; es una escoba. ¿Son dos ratones? Sí, sí; y muy bien.—176. Escena familiar en sombras chinecas, por don Luis.—177. Me gusta mucho, y me hace gracia que la banqueta es una A; la A de Alejandro.—178. ¡Callar! ¡¡callar!!... Ya veréis cómo se oye tragar a esa mujer.—179. Que no coma más ese señor tan magnífico, porque lo va a devolver, mareado por el papel de la pared.—180. ¡Muy limpio el dibujo de Esperancita, y muy limpios el perro y la niña!—181. Me emociona ver ese tejado estupendo, y ver la antena, y el gato... y ver las estrellas.—182. Escúchame, Pilar: ¿eso es un cuadro... o un espejo del pollo?—183. Carreterita adelante... ¡Bello apunte! El carro, el árbol, la mujer del cántaro.—184. ¡Superior! ¡Saladísimo, chico!—185. ¡Qué cara tan asustada! En cambio, el pajarillo está tan tranquilo, ¿verdad?—186. El sol, el niño y el gato, comen en el mismo plato. No es verdad, pero pudiera serlo.—187. Ese señor de Carmen tiene miedo de romper la delgada silla. No hay más que verle.—188. Ese pez me lo como yo, por rico, y ese mar me lo bebo, y a don Albertito también me lo como.—189. ¡Ah, qué bien! Un cazador de mariposas en "auto", y alumbrando al sol con los faros.—190. Estoy viendo que la avispa le da una cornada al camarero de Pepito.—191. Buen salto es el del chico. Ahora, a ver si salta a la nube, y nos la trae para ver de qué es.—A esa señora la estaría bien empleado que el diván se sentase en ella. ¡Por gorda!...—193. Si me gusta el dibujo de Paco es porque está bien, y porque el perrito es muy cariñoso.

Todo el pueblo de Villacaballos de Cartón



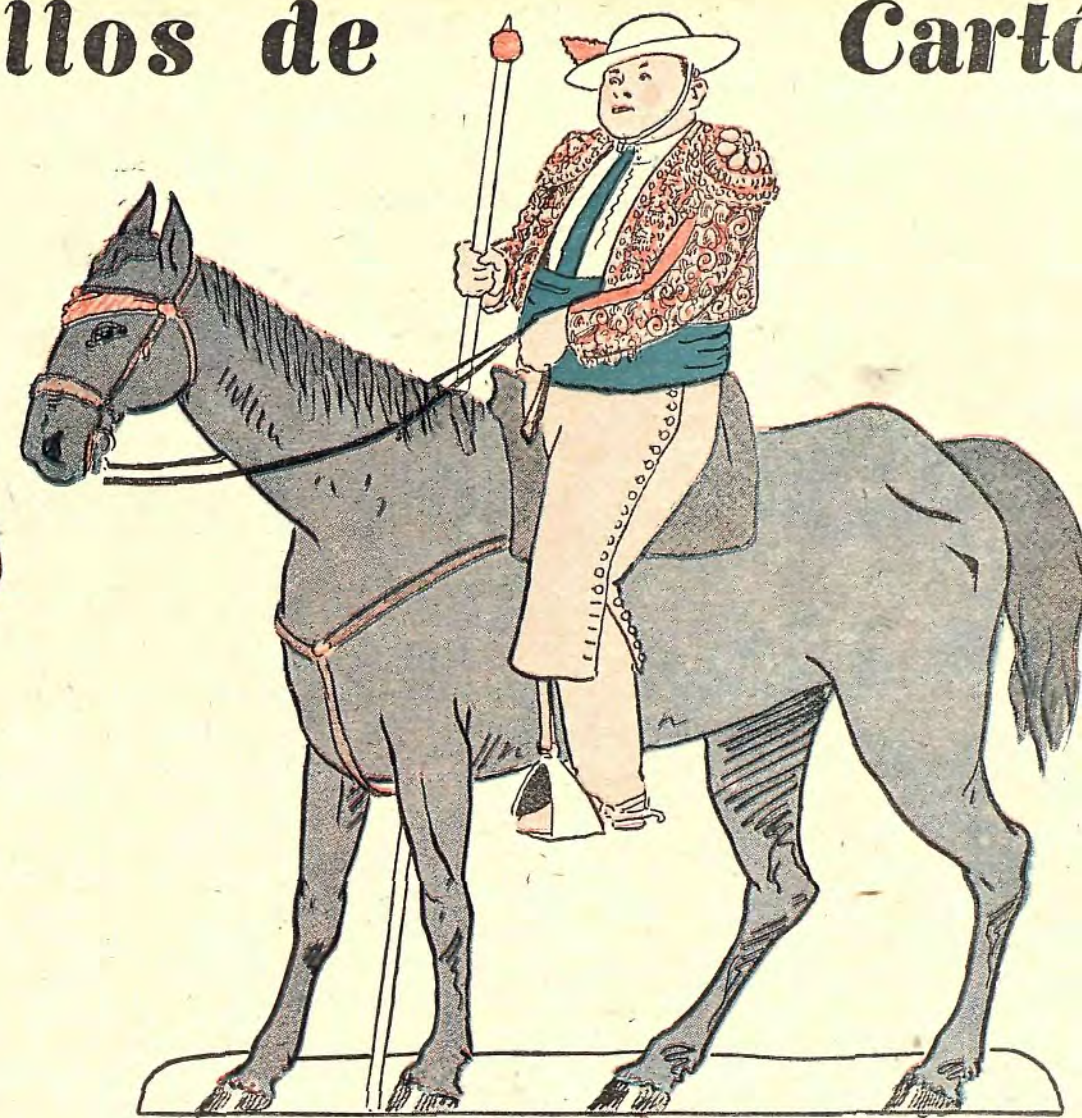
136



137



138



139



140



141



142



143



144



145



146



147

EL GATO ADIVINO

Cupón C para el envío de las soluciones correspondientes a los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.

PLIEGO NUMERO 11.—136. El picador *Pimientos*, que una vez atravesó un toro y clavó la pica en el suelo como si fuera a una mariposa en la eaja.—137. *Saltamontes*, “monosabio” ágil que se pone de un salto en el sombrero de *Pimientos*.—138. El “monosabio” *Melonero*, que lleva cincuenta años de “mono”, y en las plazas de barrera muy alta le ponen gateras para que entre él, porque ya no salta.—139. El picador *Globo Cautivo*, que le da tanta pena de que los caballos tengan que cargar con él, que pica a los toros con fuerza para defender al jaco.—140. Juan Belante, valiente matador de toros, que no se mueve de donde está cuando viene el toro.—141. *Gatito Chico*, espada famoso que hace con el toro preciosos adornos.—142. El banderillero *Correcorre*, que en sus comienzos fué a poner un par, se hizo un lío con el toro y se las puso él mismo.—143. Otro banderillero: *Camiseta*, que pone banderillas de a cuarta, y hasta banderillas chicas como pitillos.—144. El banderillero *Cincovelas*, que habla mucho con los espectadores, y que una vez que le faltaron banderillas, puso dos paraguas.—145. Otro: *Juguetero*, que se ensaya en su casa poniendo tenedores a un toro de cartón de sus hijos.—146. El puntillero *Baloncillo*, regordete él, que tira la puntilla dando vueltas por el aire, y cae en su sitio.—147. El otro puntillero: *Caimán III*, de *Gatito Chico*, que una vez, cuando fué a dar la puntilla, se levantó el toro, le colgó por la faja de un pitón, abrió reculando la puerta del toril, le dejó dentro, salió, cerró enganchando el cuerno en la cerradura, y casi se le notaba al bicho cara de sorpresa.

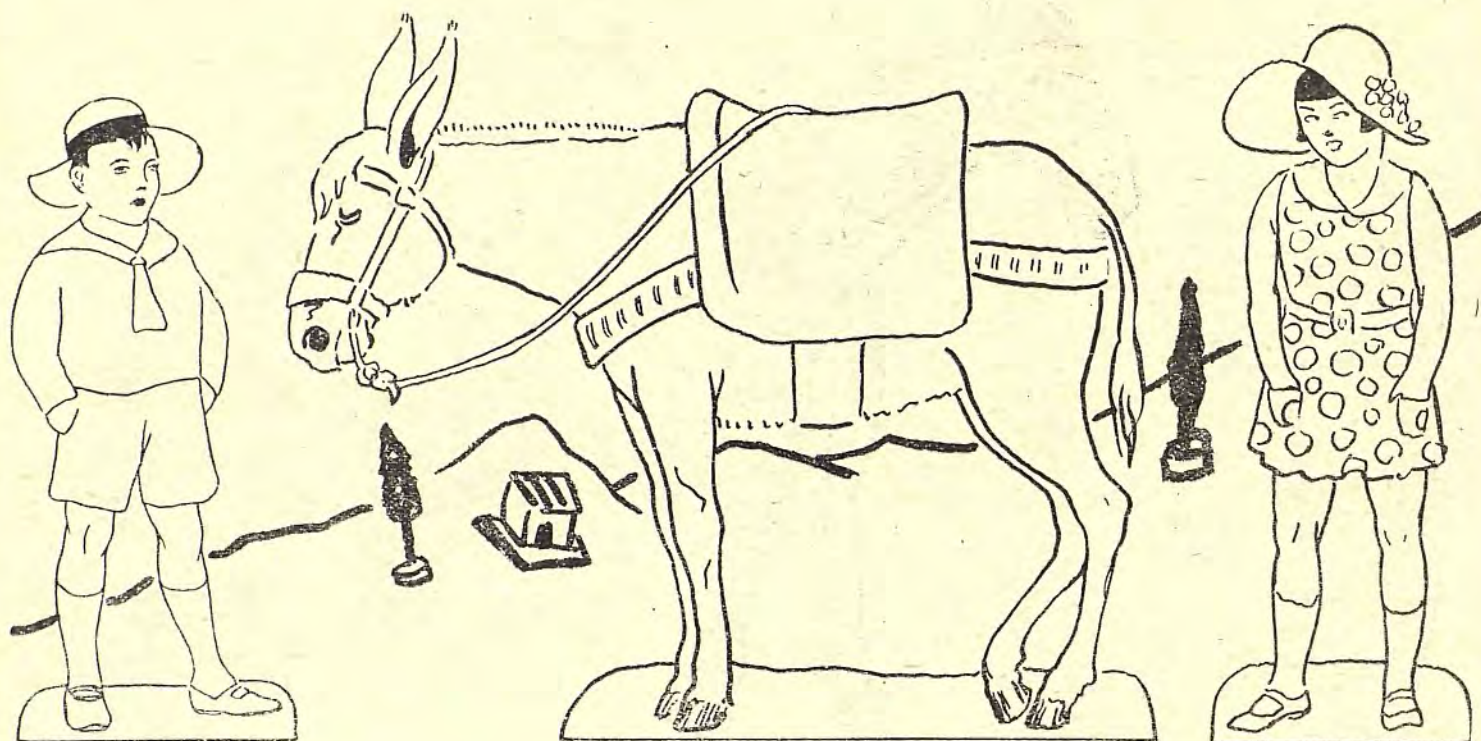
Ayuntamiento de Madrid

LA FRASE DE DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número II pertenece al capítulo ...

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

LO QUE HA PASADO ESTA SEMANA EN VILLACABALLOS DE CARTÓN



No ha sido el suceso precisamente en Villacaballos de Cartón, sino en Fuentecita de Calcetes, que es un pequeño pueblo de la sierra, muy cercano a Villacaballos, y en el cual veranean don Casiano y su familia.

Chumita y su hermano Enrique alquilaron un burrito para toda la tarde. El burro se llama Trotapoco y es muy tranquilo.

Llegaron al monte, y Chumita se dedicó a una labor que no ha hecho ninguna niña, que es bordar en un mantel unas flores, copiándolas directamente de las del camino, como si fuera que pintara un cuadro.

En cambio, Enrique estuvo cogiendo mariposas con un mariposero, y las prendía en las flores del mantel de Chumita, para que parecieran de verdad.

En esto, ¡oh!, apareció una serpiente de tres metros, bellísima de piel, pero con la boca abierta en señal de amenaza.

Chumita se cayó al suelo desmayada del susto, y Enrique quiso levantarla para colocarla sobre el borriquillo, y no podía.

Entonces el niño se encontró con lo que no esperaba: Trotapoco se acercó a ellos y se echó, para que la niña fuera colocada en él con facilidad. Y después se levantó y se puso cerca de una piedra para que Enrique se montara también y sostuviera a la niña.

Ya había llegado la enorme serpiente hacia ellos, y el jumento la recibió a coces; pero ella insistió en subir por una pata delantera del asno, y después de espantosa lucha, lo consiguió.

Enrique no podía defenderse porque sostenía valientemente a Chumita, que no había vuelto aún en sí. Y Trotapoco tampoco podía defenderse ya, porque la serpiente había subido a su cuello.

Pero cuál no sería la sorpresa de todos al advertir que la serpiente se ataba ella solita la punta de la cola a un lado de la cabezada, y con los dientes se prendía al otro lado, de manera que quedaba exactamente como unas bridas, mejores que el ramal de cuerda vieja que llevaba el burro.

Enrique cogió las bridas nuevas después de un poco de miedo, y ya tomó confianza con ellas. La niña se puso bien... y estuvieron un rato jugando los cuatro, trotando por el campo.

Y cuando iban de vuelta, la serpiente se desasó y los dejó, y la vieron subir por un palo del telégrafo y romper los hilos porque sí. Pero uno de ellos la dió corriente; se quedó rígida, cayó al suelo de punta por la cola y se quedó clavada en tierra como un palo, hasta que se la pasó el calambre.

Un plano de Villacaballos

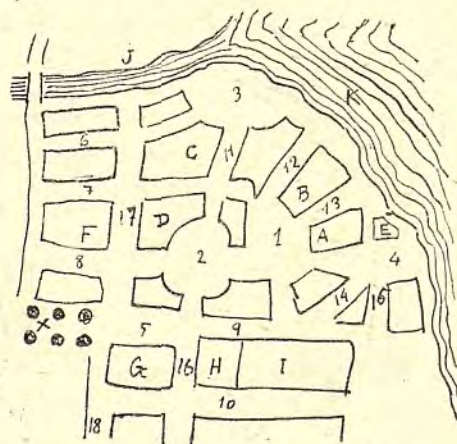
El lectorcito Julio Colón Gómez, que vive en Barrantes, 3, tercero, Burgos (señas que ponemos para que se vea su autenticidad), nos envía el plano de Villacaballos de Cartón, que reproducimos hoy, aunque nos hemos permitido añadir el paseo de árboles señalados con un aspa (X), que desde hoy se llamará Alameda de Julio Colón.

Nos ha emocionado el final de su carta, dirigida a Trespelos, que dice así:

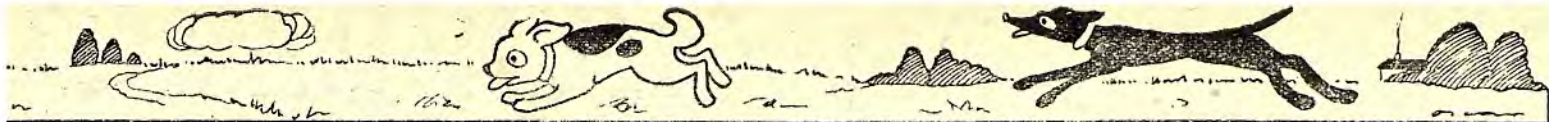
Hace dos semanas estuve en Villacaballos de Cartón, y vi todo lo que hay; se mostraron muy amables conmigo y me dieron un plano del pueblo, que te adjunto, para que veas dónde está el Ayuntamiento, la iglesia, etcétera. Villacaballos es la capital de la provin-

cia de Meloncia, que está en el reino de Trileia. Ahora reina allí Pirulo II, hijo de aquel niño que se hizo Rey él sólo. Seguramente lo conocerás de nombre, pues se habla de él en el cuento de Antoniorrobles: "R-Rey; Pirulo en el Trono". (De "26 cuentos infantiles".)

Otro niño nos ha ofrecido enviarnos escenas de Villacaballos fotografiadas; otro nos pide más Guardia civil, y otro escribe diciéndonos que si un día acabamos Villacaballos, empecemos otro pueblo por el estilo.



- | | |
|--------------------------------|--------------------------------|
| A.—Ayuntamiento. | 6.—Calle de Villacabales. |
| B.—Circulo. | 7.—C. de Cacerolo. |
| C.—Universidad. | 8.—C. de Adivino. |
| D.—Iglesia. | 9.—C. de Bombón. |
| E.—Museo. | 10.—C. de Villaballines. |
| F.—Casino. | 11.—C. del Principe PP. |
| G.—Campo del Ojo de Gato F. C. | 12.—C. de Pinocho. |
| H.—Jardin Botánico. | 13.—C. de Macaco. |
| I.—Campo de aviación. | 14.—C. de Guinda. |
| J.—Rio del E. Tachuela. | 15.—C. del Almirante Arboleda. |
| K.—Mar de Trileia. | 16.—C. de Botijo. |
| 1.—Plaza Mayor. | 17.—C. de Botón del Aire. |
| 2.—P. de Trespelos. | 18.—C. del Director. |
| 3.—P. de Carlotto. | |
| 4.—P. de D. Dedos. | |
| 5.—P. de Castuera. | |



Mi querido Pepín: Ya he leído en el diario de Villaquejitos de Bola que has organizado un equipo para jugar al guá, en vista de que no reúnes veintidós amigos futbolistas.

¿Y por qué no animas al alcalde, al boticario y al sacristán? Con unos cuantos señores y unos cuantos colegiales... divinamente.

A propósito del fútbol, tengo que decirte que ayer nos acordamos mucho de ti. Estuvimos toda la pandilla haciendo cuentas sobre la arena del Retiro, en una sombrita, de los partidos ganados por el equipo internacional español peleando con los equipos extranjeros, desde 1920 hasta la entrada de 1930.

Realmente nuestra actuación es magnífica. Fíjate en que hemos jugado 32 partidos, y de ellos se han ganado 24, tres empates y cinco pérdidas. Ya ves que los resultados son estupendos. Hemos metido 74 goals, y nos colaron 29.

En ese tiempo, siempre que hemos jugado con Austria, Dinamarca, Francia, Holanda, Hungría, Inglaterra, Suecia, Méjico y Suiza, han triunfado los españoles. Bélgica ha conseguido ganarnos alguna vez, aunque nosotros les havamos sacado ventaja. Y únicamente Italia ha sido enemigo fuerte: pero ya sabes que últimamente, va dentro de este año, le hemos ganado...

¡Viva España, que en todos los sentidos va creciendo su prestigio, chico!...

De cine nada nuevo que decirte, si no es que Norteamérica está montando estudios en toda Europa, para producir películas habladas en todos los idiomas.

La invasión cinematográfica sonora es enorme, y cada vez más bella.

En Aviación siguen batiéndose records. Recientemente el de duración en el aire, con aprovisionamiento de gasolina desde otro aparato. Figúrate la importancia que eso tiene, puesto que los aeroplanos pueden hacer grandes recorridos, y en la ruta puede salirles otro avión a echar la esencia, sin necesidad de aterrizajes. Y un avión terrestre puede aprovisionar a un hidro que pase sobre tierra, o viceversa.

Ahora se ha batido un nuevo record. Miss Laura Gals, muchacha muy joven, ha rizado el rizo 980 veces seguidas, en dieciséis horas.

Comprenderás que si cada record es batido al poco tiempo, la cosa significa que la Aviación se adueña cada vez mejor del aire.

Y nada más. Abrazos de

El Pollo Guinda.

En una Exposición de arte:
—¿Qué tontería más antigua es eso de pintar rocos o mariposas que se posan en los cuadros? Aquí han pintado una mosca, que además parece un pegote...

En esto la mosca voló.
—¿Era de verdad!...

El dueño de la oficina.—Me estoy poniendo demasiado gordo. ¿Usted qué hace para estar tan delgado?

El oficinista.—Es muy sencillo. Vivir del sueldo que usted me da.

El pollo guinda



Si jugaran el sacristán y el boticario... Los triunfos españoles.



Chistes de Pepín.

Las grandes capitales del mundo, y Madrid entre ellas, tienden a hacer desaparecer lo que viene llamándose sordomudos. Se crean colegios, agrupaciones, comités protectores para los niños de ese defecto, y gracias a todo ello, esos muditos que se ven en los pueblos, de los que nadie se ha preocupado, ya no existen en las capitales.

Antes se consideraba una cosa trágica. El niño que tenía ese defecto se apartaba ya como del mundo. Pero hoy es necesario que sepáis todos que es una crueldad dejar en los pueblos, abandonados, a los niños mudos, cuando esos colegios le quitan la mudez, aunque la sordera no se la puedan quitar. Y les quitan la mudez enseñándoles a hablar por el movimiento de los labios y de la lengua; y llegan a pronunciar todas las palabras, no tan claramente como nosotros, porque como no se oyen no llegan a entonar bien; pero lo bastante claro para que se les entienda.

Yo fui tan descarado que hablé con un grupo de *silenciosos*—pues llamarles *sordomudos* ya no les va bien—y les entendía divinamente. Pero lo notable es que les enseñan también a entender, de modo que con el movimiento de nuestros labios les basta para saber lo que decimos.

—Por comodidad y por pereza—me decía uno de ellos—empleamos señas para ayudarnos; pero en los colegios nuevos están prohibidas, para que pongan más atención en los labios.

—¿Y qué letras son para ustedes las más difíciles de aprender a pronunciar?

—La *ll*, la *g* y la *ñ*. Realmente—añadió—hay letras que nos cuestan verdaderos martirios. Pero cuando las hemos conseguido da una alegría enorme. Usted fíjese en que antes los sordomudos eran gente triste y solitaria, y ahora nos reunimos en alegres fiestas y reuniones diariamente.

—¿Y aprenden bien a leer?

—Ya lo creo. Ahora podemos leer como cualquiera, y hasta parece que nos suena el verso y todo. Créame usted que hasta casi es injusto que a los *silenciosos* nos esté prohibido el uso de armas y la conducción de "autos".

—¿Y es fácil la mímica, o sean las señas?

—Sí; y muy acertada. Hay una mímica adoptada ya por casi todos los *silenciosos* del mundo. Para los viernes, se imita el pez con las dos manos una detrás de otra, y moviendo los dedos de la primera; y es que como los viernes es vigilia... Los sábados, como afeitándose. Los domingos, santiguándose. Los lunes haciendo el toro con una mano, porque antes los toros se celebraban los lunes...

—Y para preguntar: "¿por qué?, ¿cómo se hace?"

—Dándonos un golpe con una mano en el revés de la otra.

Nos despedimos y me voy feliz, viéndoles tan contentos.

Ayuntamiento de Madrid

El Mago Botijo.

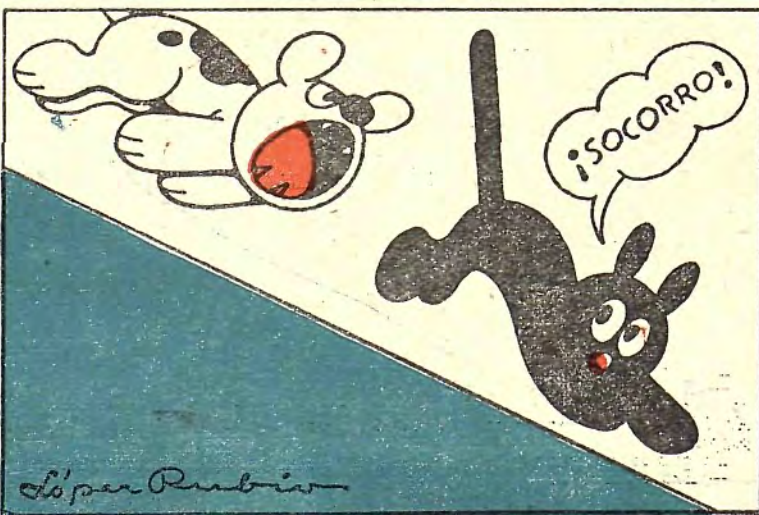
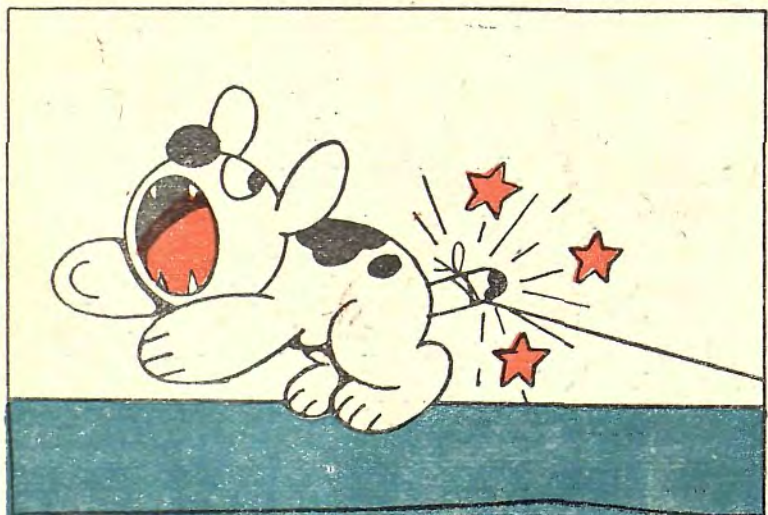
El mago Botijo.



De los tristes sordomudos de ayer a los alegres silenciosos de hoy.



LOS TRUCOS DEL RATÓN D. PACO



Los domingos de Chin y Bely



Apenas salieron de casa *Bely* y su muñeca, pusieronse a hablar de labores y de juegos de chicas, y la niña explicaba a *Chin* un juego que jugaban antes mucho las niñas, y ya se juega poco, que era con alfileres de cabeza de color, a montar unos sobre otros.

En esta conversación iban las dos cuando comenzaron la subida del bosque por una cuesta muy pendiente. Delante de ellas oyeron un chirrido extraño, y todos creeréis que sería alguna alimaña del bosque; pero se trataba de una carreta de bueyes cargada hasta arriba, hasta arriba, y más que hasta arriba, con pesados haces de leña. El carretero iba encima, y los dos bueyes sufrían horriblemente para subir con aquella cantidad tan enorme de peso.

Se les notaba sufrir, jadear, tirar con su cabeza fuertemente, patinar sus pezuñas... Y entre tanto, la alta carreta cargada iba cabeceando pesadamente.

¡Mal domingo para los pobres animales!... Era la hora de la siesta. Hacía calor, y con esto resultaba más penosa la subida de la cuesta por aquel mal camino.

Vosotras, lectorcitas, que ya conocéis cómo sufre *Bely* cuando adivina que sufren los niños, los grandes, los animales o las plantas, comprenderéis el nial rato que iba pasando detrás de la carreta.

Cada chirrido de las ruedas se le metía en el alma, retorciéndose, y sufría como si la retorcieran con mala intención las patillas.

Como *Chin* no debía hablar, para que aquel carretero no advirtiera que había muñecas charlatanas, fué *Bely* la que se decidió a decir:

—Buen hombre, ¿cómo es que van tan cargados los bueyes?

—Pues porque me cuesta el dinero darles de comer, y hay que aprovecharse de ellos todo lo posible...

—Pero ¿no comprende usted, buen hombre, que eso es mucho?

—Vamos, anda, niña. A ti no te importa...

¡Pobre *Bely*! Tuvo que callar la boca, porque aquel buen hombre no estaba dispuesto a hacerla caso. Siguiéron andando, andando, andando, siempre detrás de la carreta y casi llorando la ver cómo los bueyes sufrían y hasta se caían, cuando la chiquilla tuvo una idea.

Dijo a *Chin* por lo bajo:

—Voy a cantarte canciones de dormir, como si quisiera que te durmieras, y a ver si con mis canciones, con el calor de la hora y la lentitud de la carreta logramos dormir al carretero...

Cogió la niña a su hermana en brazos, y detrás de la carreta iba cantando, cantando muy dulcemente, muy suavemente... La muñeca se hizo la dormida... y se durmió de veras. Y el carretero, con su tipo fuerte y barbarote, sintió el sentimiento de la canción... y se durmió como un nene, como un nene que roncara más que una carraca. Entonces fué *Bely* y dejó a *Chin* dormida sobre la hierba; se subió valientemente a la carreta, y de al lado mismo del hombre tiró seis o siete pesados haces, que los bueyes notaban alegremente. Hasta aligeraron el paso...

Los haces fueron cogidos por unas pobres viejecitas que venían en sentido contrario. Y cuando *Chin* despertó, ya la había llevado *Bely* a casa, huyendo de que despertara el hombre, y la había regalado una muñeca más pequeñita que ella, para que la cantara y la durmiera. — *Tinita*.





---¿Vamos a ver quién recuerda el mejor chiste?
 ---Sí, sí; eso Y que Chin y Bely sean el Tribunal.



CHISTES DE TRESPPELOS

Un oficinista que tiene que llegar a la una, viene tarde.

El jefe.—¿Qué hora es, Gutiérrez?

El oficinista.—La una, don Abdón.

En esto dan las dos. Gutiérrez insiste:

—Ya oye usted. La una. Bien convencido quedará usted, después de haberla dado dos veces el reloj.

Un andaluz un poco embustero oyó hablar de nieve, y dijo:

—Pues en Sevilla cayó una nevada tremenda. ¡Como que había un metro de nieve!

Y uno le preguntó:

—Pero... ¿a lo largo?



CHISTES DE DON DEDOS

Entre escritores:

—Hoy día pocos se enriquecen con la pluma.

—Yo conozco uno: mi tío Macario.

—¿Pero es poeta?

—No; fabricante de edredones.

El capitán.—Mi general: el ala derecha de nuestras avanzadas está en peligro. ¿Qué hacer?

El general.—Que "ahuequen" el ala.



CHISTES DEL POLLO GUINDA

—¿De modo que tiene usted una casita en Pozuelo?

—Y en Alcalá, ciento treinta y tres...

—¡Oh, es usted dueño de media población!

—En Alcalá, ciento treinta y tres, tienen ustedes su casa.

La cocinera escribe: "Amadísimo Gervasio: Te escribo estrujando mi corazón. Por eso, perdona si va alguna gota de grasa en la carta."

CHISTES DEL



RATÓN BOMBÓN

—¿Quién es ese actor que anda tan mal trajeado?

—¿Ese? ¡Un divo estupendo! Tiene una voz de tenor extensísima. Hace de ella lo que quiere.

—Pues aconséjale que se haga con ella un pantalón.

Se ensayaba en el teatro un terrible drama, y el director de escena gritaba al que tenía que morir:

—¡Ponga usted más "vida" en esa "muerte", hombre!!



CHISTES DE CARLOTO PERRA

El dueño de un restaurante sorprende a un cliente guardándose una cucharilla.

—Pero, oiga usted: ¿es que usted cree que mis cucharas son una medicina que hay que tomar después de las comidas?

En el campo de fútbol:

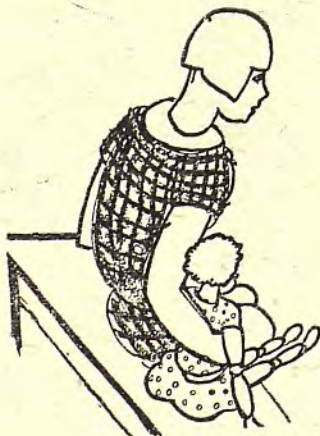
El que no ha visto nunca un partido.

—¿Por qué corre ése con el balón?

El antiguo aficionado.—Porque le quieren alcanzar.

—¿Y por qué le quieren alcanzar?

—Porque corre con el balón.



Bely.—Yo creo que todos los chistes han sido malos; pero el menos malo es el segundo de Bombón.

Chin.—Pues a mí, el que me ha gustado más es el primero de Adivino. Y el más malo me parece el primero de Guinda.

Bely.—Mi opinión es que el más malo es el primero de Trespelos, que ha sido el primero de la tarde. El segundo de Adivino es muy antiguo.

Chin.—Casi todos son un poquito antiguos, pero hemos pasado el rato.



CHISTES DE ADIVINO

Todos sabéis que los canguros hembras tienen una bolsa donde guardan sus crías. Por eso sucedió esta escena:

El canguro padre.—¿Y el niño?

La madre.—No sé. Me lo debo haber dejado en el otro traje.

En el dormitorio del niño:

—¡Manolín! ¡¡Manolín!! ¡¡¡Manolín!!!...

—¡Qué!

—Anda, despierta, hijo, que tienes que tomar la medicina que te ha mandado el médico para que duermas bien.



CHISTES DEL MAGO BOTIJO

Dos carreteros, con sus varas, van a tomar el "Metro". La taquillera les dice:

—¡Imposible! No pueden ustedes entrar.

—¿Y por qué?

—Porque "dos varas" no caben en un "metro".

Entre comerciantes:

—Yo no vendo perdices en esta época, porque es un ave que apenas tiene salida. Le resulta cara al público.

—Pues hay un ave de más difícil salida.

—¿Cuál?

—El "¡... ave... rinto".

pidos por aquellos remolinos y habian caido desde elevaciones inmensas.

La mula, asustada con aquel fenómeno, rompió el ronzal y se escapó. Gode la persiguió al galope, y me quedé solo.

Nueve o diez columnas aparecieron moviéndose sobre el llano y girando gradualmente a mi alrededor. Había algo de sobrenatural en su aspecto, que era el de inmensos fantasmás dotados de una vida infernal.

Dos de ellas se aproximaron una a otra; hubo un momento de lucha, que terminó con la destrucción de las dos. La arena fué precipitada al suelo, y el polvo flotó en el aire en masas informes.

Varias de éstas me cecaron en un corto espacio y se aproximaron lentamente adonde yo estaba. Mi perro aulló y ladró; mi caballo se amedrentó y temblaba.

No sabía qué hacer. Sentado en mi silla, esperé el resultado con un sentimiento indescriptible. Resonó en mis oídos un extraño murmullo, y mis ojos transformaron los colores naturales en otros de un brillo extraordinario. Mi cabeza ardía y veía extraños objetos. Tenía fiebre.

Las pesadas corrientes se chocaron con violencia, haciéndome girar al mismo tiempo que me arrancaban de la silla. El polvo llenó mis ojos, poca y orejas; arena, piedras y ramas me azotaron el rostro con fuerza y, por fin, fui arrojado con violencia contra la tierra.

Durante algunos momentos permanecí donde había caído, medio sepultado bajo la arena y casi ciego. Noté que espesas capas de polvo continuaban pasando sobre mí.

No estaba herido ni aun aturrido por el golpe. Me levanté a tientas, porque no podía ver nada, pues mis ojos estaban llenos de arena que me hacía sufrir mucho, y extendiendo los brazos busqué mi caballo. Le llamé por su nombre y me contestó con un sordo relincho. Acudí tropezando al sitio donde le había oído, y le encontré en tierra sobre el costado. Cogí la brida, y se levantó en seguida; pero observé que estaba temblando.

Durante media hora permanecí junto al animal, quitándole el polvo de sus ojos, y esperando a que terminara

tos o reúne grillos de la pradera; conoce también todas las raíces y semillas que pueden sustentar la vida. Dadle agua y tendrá vida para luchar y por fin salir del desierto. Sin ella pondrá en su boca la bala de plomo o la piedra de caldedonia; mascarará el cactus esférico y abrirá los intestinos del búfalo, pero al fin morirá. Sin agua, aun en medio de la abundancia, disponiendo de toda clase de alimentos, morirá. En el desierto es "la sed la que mata".

No es de extrañar que la desesperación se hubiera apoderado de mí. Me creía en el centro mismo del desierto, y, por lo tanto, sabía que me sería imposible llegar al otro extremo sin agua.

Tenía la garganta y la lengua tan secas como un pergamino, efectos que debía a la sed y a la fiebre a la vez. El polvo del desierto había también contribuido a ponerlas en este estado. Empezaron a apoderarse de mí deseos violentos.

No sabía qué dirección debía tomar. Hasta entonces las montañas me habían servido de guía, pero en aquel momento me pareció que se adelantaban en todas las direcciones; sus numerosos brazos me llenaban de confusión y no podía descubrir hacia dónde se dirigía la cadena principal.

Me acordé que había oído decir que había un manantial de agua, llamado Ojo del Muerto, situado hacia el oeste. Algunas veces tenía agua abundante, pero en otras ocasiones los viajeros que iban en su busca encontraban la fuente enteramente seca y caían muertos en su orilla. Esta noticia la había adquirido en Socorro.

En el espacio de algunos minutos dudé de lo que debía hacer, pero después hice que mi caballo se volviera hacia el oeste y partí en busca del manantial, decidido en caso de no encontrarlo a volver hacia donde estaba el río. Esta medida me alejaba de mi camino, pero lo principal era encontrar agua y salvar mi vida.

Estaba sobre la silla muy débil y casi ahogándose; dejaba que el animal caminara como quisiera, porque había perdido la energía necesaria para guiarlo.

Mi caballo anduvo algunas millas hacia el oeste se-

en dirección del Sur, la mirrada no encontraba un límite donde detenerse.

El sol fué haciéndose cada vez más abrasador, circunstancia que esperaba tendría lugar desde el momento que nos pusimos en marcha. La mañana había refresca y sobre el río y la atmósfera había niebla. He observado durante mis viajes por muchos climas que cuando las mañanas se presentan de esa manera es seguro que a mediodía el calor será extraordinario.

El sol continuaba elevándose y cada momento sus rayos nos abrumaban más. Caminábamos por un terreno pantanoso donde se hundían los pies de nuestras cabalgaduras.

Durante algunas millas no vimos el más pequeño rastío de vegetación. Soplaban el viento con fuerza; pero en vez de refrescarnos, arrancaba del suelo la ardiente arena y nos la arrojaba al rostro.

Las huellas de los carros cesaron de servirnos de guía. El viento las había borrado.

Llegamos a una llanura cubierta de artemisa. Las enredadas ramas retrasaron nuestra marcha. Durante algunas horas atravesamos por entre espesas savias, hasta que, por fin, salimos a otra región, donde no se veía más que arena. Ni las plateadas hojas de la artemisa alegraban nuestro camino; ante nuestros ojos sólo se presentaba la desolación.

Un sol tropical dejaba caer sus rayos sobre la blanca superficie, dejándonos casi ciegos la reflexión de la luz. El viento soplaban con menos violencia y subían por los saires nubes de polvo, que se movían con lentitud. Proseguimos nuestra marcha sin guía ni objeto alguno que nos indicara la dirección que debíamos seguir. De pronto, nos encontramos en una escena que parecía encantada. Vastas columnas de arena, movidas por el viento, se elevaban verticalmente hacia el cielo y se traslucían de un punto a otro de la llanura. Eran amarillentas y luminosas, porque el sol hacía brillar sus flotantes cristales. Se movían lentamente y se iban aproximando hacia nosotros.

Contemplé aquel cuadro con temor, porque había podido hablar de que algunos viajeros habían sido abrasor-

da de la Muerte y habérselas con sus irecuentadores, los apaches.

En Socorro corrían rumores sobre correrías de indios. Estos habían llegado hasta el camino de Fray Cristóbal, donde habían sorprendido y asesinado a algunos arrieros. El pueblo estaba consternado con estas noticias; las gentes temían un ataque, y me creyeron loco cuando les dije que tenía la intención de cruzar el desierto.

Temí que aquellos rumores asustaran a mi guía y le hicieran renunciar a su compromiso; pero no pareció cuidarse de ellos; al contrario, me expresó su deseo de seguir acompañándonos.

Sin tomar en consideración la posibilidad de encontrar a los apaches, no era lo más prudente que yo continuara mi viaje, porque el dolor de mi herida se hacía cada vez más vivo y la abrasadora fiebre me fatigaba en extremo.

Sin embargo, hacía solamente tres días que había pasado la caravan por Socorro, y tenía esperanzas de que alcanzaría a mis compañeros antes de salieran de El Paso. Esta consideración influyó para que prosiguiera mi viaje por la mañana, y al efecto hice todos los preparativos para cumplirlo.

Antes de que amaneciera estábamos despiertos Godé y yo. Mi criado fué a avisar al guía para que ensillara los caballos, y yo me puse a preparar una taza de café que iba a tomar antes de ponerme en marcha. En esta faena me ayudó el posadero, que se había levantado también, a pesar de la hora tan temprana.

De pronto oí la voz de Godé que me decía, desde fuera:
—¡Señor! ¡Señor! ¡El pícaro se ha escapado!

—¿Qué queréis decirme? ¿Quién se ha escapado?—le pregunté, lleno de alarma.

—El guía, con una de las mulas; el ladrón se la ha llevado.

Seguí al canadiense a la cuadra sin poder ocultar mi ansiedad. Temí por mi caballo; pero, gracias al cielo, estaba allí. Una de las mulas había desaparecido; era la misma que el guía había montado desde Parida.

—Es posible que aún no haya salido del pueblo—dije—; es preciso ver si se le encuentra.

Enviamos gente en su busca y fuimos en todas direcciones. Por fin salimos de dudas cuando llegaron al pueblo algunos mercaderes, que dijeron que habían visto un hombre de las señas de nuestro guía montado en una mula que galopaba, subiendo por la orilla del río.

Seguirle hasta Parida hubiera sido enteramente inútil. Mi guía no iba a ser tan loco que tomara por aquel camino, y aun cuando lo hiciera, hubiese sido inútil tratar de encontrar allí justicia. Por esta razón me decidí a abandonar el asunto hasta que volviera la caravana, que entonces podría encontrar mejor al ladrón y pedir su castigo a las autoridades.

Mi sentimiento por la pérdida de la mula se mezcló con una especie de agradecimiento hacia el ladrón cuando vi que no había tocado a mi caballo. ¿Por qué razón no se llevó el caballo en vez de la mula? Nunca he podido contestarme a esta pregunta; sólo me explico la preferencia hacia la mula achacándola a pura ignorancia por parte de aquel hombre.

Traté de encontrar otro guía, pero fué inútil mi empeño: nadie quiso prestarse para este servicio.

—Godé—dije al canadiense—, es inútil cuanto hagamos para encontrar un guía. Tenemos que entrar en el desierto sin nadie que nos conduzca; ¿qué decís a esto?

—Que nos pongamos en marcha en seguida.

Seguido por el fiel Godé, y con nuestra mula, tomamos el camino que conducía al desierto. Aquella noche dormimos en Valverde, y a la mañana siguiente entramos en la Jornada de la Muerte.

CAPITULO X

La Jornada de la Muerte.

Después de dos horas de marcha llegamos a la encrucijada de Fray Cristóbal. En este punto se separa el camino del río y penetra en el árido desierto. Pasamos el vado y nos encontramos en la orilla opuesta.



el simoun. Aclaróse, por fin, algún tanto la atmósfera. Puede ver el cielo; pero como la arena se movía aún sobre las colinas, no pude ver la superficie de la llanura.

No descubrí a Godé; sin embargo, era posible que se encontrara próximo a donde yo estaba, por lo cual le llamé a voces por su nombre. Presté atento oído; pero no recibí contestación. Volví a llamarle; pero obtuve el mismo resultado. No oí más que el silbido del viento.

Salí sobre mi caballo y parti en busca de mi camarada, sin que tuviera la más pequeña idea de la dirección que había tomado.

Tracé un círculo de una milla, poco más o menos, sin cesar de llamar en voz alta a Godé. No me contestó ni descubrí huellas suyas en la llanura. Galopé durante una hora, pasando de colina a colina; pero todo fué inútil: en ninguna parte descubrí mis ansiosas miradas el menor signo de la presencia de mi compañero ni de la de tanto como había gritado; de nada servía que continuara buscando.

Tenía sed y quise beber; pero ¡oh, cielo! mi frasco estaba roto, y la mula se había llevado el odre lleno de agua.

La rota calabaza pendía aún de su correa; pero las últimas gotas de líquido que había contenido caían por el costado de mi caballo. Sabía que lo más probable era que me separara del agua una distancia de cincuenta millas.

No pueden comprender los que viven en otras zonas donde abundan los lagos y los manantiales de agua cristalina cuán terrible era la situación en que me encontraba.

Allí donde brota el agua por todas partes y paladea el hombre su calidad, quejándose de si es gruesa o delgada o si carece de pureza, no puede concebirse la precaución constante del habitante del desierto, del viajero por el mar de la pradera. El agua es su primera idea, por lo que sacrifica todo; el agua es la divinidad a quien adora.

Puede mitigar el hambre durante todo el tiempo que conserva su traje algún trozo de cuero. Si no encuentra qué cazar, coge marmitas con lazos, se apodera de lagar-

Después de llenar de agua nuestros odres, permitimos a los animales que bebieran cuanto quisieran, y terminado un breve descanso continuamos nuestro camino. No habíamos caminado mucho cuando nos convencimos de la propiedad del nombre dado a aquel desierto. Esparcidos por la tierra vimos los huesos de muchos animales. También había huesos humanos. Aquella masa blanca, estrofiada, en la cual se ven dos hileras de dientes que parecen contrarios con un gesto, es un cráneo humano. Yace al lado del esqueleto de un caballo. Caballo y jinete han caído al suelo al mismo tiempo y han sido devorados por los lobos. Han caído sedientos y como llenos de desesperación, aunque el agua no está muy lejos de aquel punto.

Vimos el esqueleto de una mula que llevaba aún puestos todos sus aparatos y una vieja manta hecha jirones por la acción de los vientos.

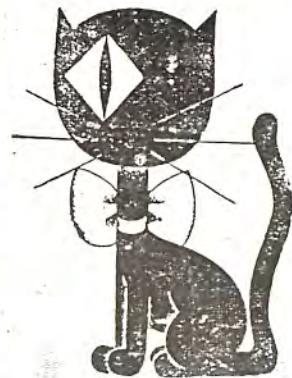
Otros muchos objetos llamaron también nuestra atención conforme íbamos caminando: una cantimplora aplastada, fragmentos de una botella de cristal, un sombrero viejo, parte de una silla de montar, una espuela enmohecida, un estribo y otros símbolos semejantes aparecieron a nuestros ojos, revelándonos lamentables historias.

Nos hallábamos aún al principio del desierto; no experimentábamos necesidad alguna; ¿qué sería de nosotros cuando llegáramos al extremo opuesto de aquella inmensa llanura? ¿Dejaríamos recuerdos como los que estábamos encontrando a cada paso?

Temores fundados en lo que veíamos empezaron a asediarnos cuando queríamos cruzar con la vista el país desolador que, sin fin aparente, se extendía ante nosotros. No nos inspiraban miedo los apaches; era la Naturaleza el peor enemigo que nos estaba amenazando. Caminábamos, y las huellas que habían dejado los carros nos servían de guía. Guardábamos silencio, el cual iba haciéndose cada vez más absoluto conforme aumentaba nuestra tristeza.

La montaña de Fray Cristóbal fué desapareciendo detrás de nosotros; hacia el Este, muy lejos, veíamos las cumbres de Sierra Blanca; pero delante de nosotros,

página del gato adivino



Concurso de pasatiempos para los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16
dedicado a

LOS JUGUETES DE MANOLITO

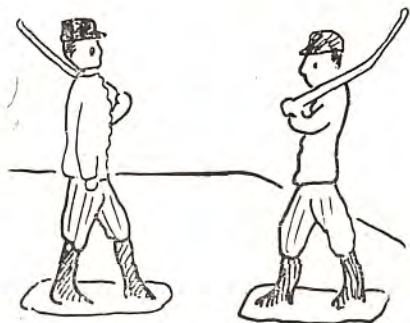
VEANSE LAS BASES COMPLETAS PUBLICADAS EN EL NUMERO 9

La pregunta del juguete (Pasatiempo núm. 7)

En una caja de soldados de plomo que posee Manolito, dos soldados discuten de cuál fué el año famoso en que los madrileños triunfaron sobre Napoleón, que quería que Francia se apoderara de España.

Como Francia y España han olvidado del todo, afortunadamente, aquella lucha, uno de los soldados creía que la guerra fué hace muchos años.

¿En qué año fué?



La cometa en Andalucía (Pasatiempo núm. 8)

La cometa de Manolito es arrojada al viento todos los domingos, y cuando está por el aire, se le corta la cuerda y se le suelta. Y esta vez resulta que cae en un pueblo de Cádiz, cuyas letras cambian son:

CIREGLASA

¿Qué pueblo es?

Las cuentas de los juguetes (Pasatiempo núm. 9)

Manolito tiene una construcción con varias piezas. En un montón deja la mitad de las piezas; en otro deja 3; en otro, la mitad de las que le quedan; en otro, otras 3, y entonces le quedan 2. ¿Cuántas piezas tenía la construcción?

Véase en el pasatiempo 3 del número 9 cómo se resuelve este problema, teniendo en cuenta que una errata de imprenta de la antepenúltima línea de dicho pasatiempo puso: "2; si en otro montón", y debió poner: "12; si en otro montón". Compruébese luego, por si está mal resuelto.



Concurso de postín

LA FRASE DE DON QUIJOTE

Averiguar en cuál de los tres capítulos XXXI, XXXII y XXXIII, de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y viniste por los aires..."

Encontraréis el cupón en otra página de este número. Las bases se publicaron en los cuatro primeros números.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

LA RAZA

LA MEJOR
REVISTA

Las mejores firmas.
Las mejores fotografías :- La de más actualidad.

LOS JUEVES

40 cts.

Colegio CERVANTES Atocha, 82 - MADRID

Este antiguo colegio abre el 1.º de septiembre su INTERNADO para niños y jóvenes (desde ocho años en adelante, aunque sigan sus estudios fuera de esta casa), ofreciendo, además de una instrucción general, una educación esmerada sometida a la constante vigilancia que exige su edad.

El profesorado forma parte en los tribunales de examen.

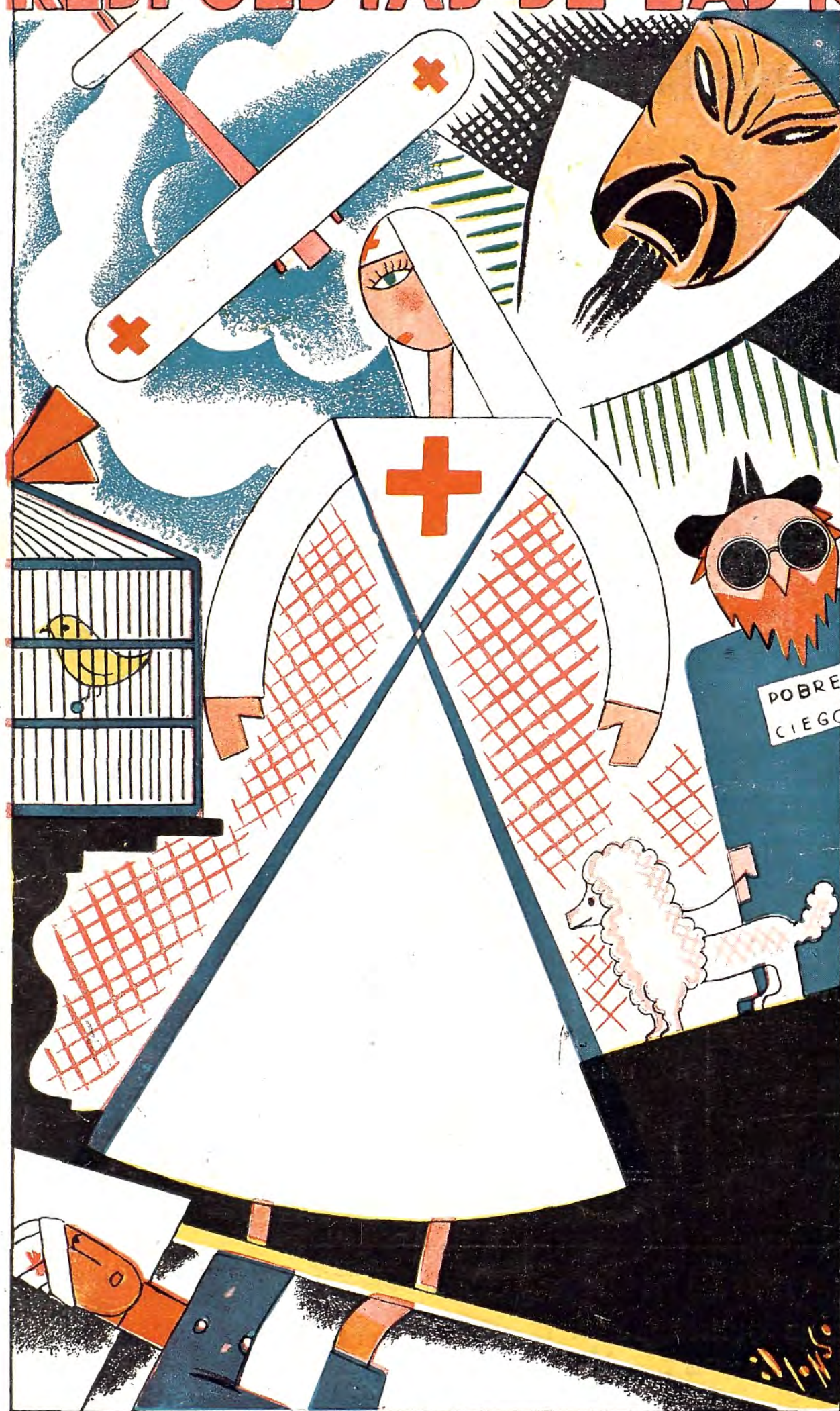
ENSEÑANZA PRIMARIA

BACHILLERATO ELEMENTAL Y UNIVERSITARIO

ATOCHA, 82 : - : MADRID

Por dos reales **EL LIBRO DEL PUEBLO** Por dos reales
APARECE QUINCENALMENTE CON LAS MEJORES FIRMAS
Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.
Apartado 33 Madrid

RESPUESTAS DE LAS NIÑAS



Ana Maria de Olla tiene nueve años y es de las lectoras más nobles y buenas que tiene nuestro semanario.

No es la primera que, al preguntarle su profesión preferida, contesta:

—Yo quisiera ser “médica”—y continuó diciendo: —Dios quiera que no haya más guerras; pero si las hay, yo me hago de la Cruz Roja y me voy al frente, y me pongo al servicio de esos aeroplanos que llevan heridos.

—¿Y si no hay guerras?

—Entonces... no sé si ser chica de esas que llevan a los ciegos.

—¡Buen lazarillo! ¿Y qué bicho te gusta más?

—El más bueno: el perro, que también es para los ciegos. El más bonito, el canario.

—¿Y cuál ha sido el susto más grande de tu vida?

—Fué una vez que soñé con un gigante chino que se me acercaba mucho, mucho, mucho, con una cara terrible...

EL MAGO BOTIJC

(Dib. de Alonso.)

